

PARA UN EXAMEN DE COMIENZO DE AÑO DE LA MANO DEL PAPA FRANCISCO

Lo que el Papa ha dicho a la Curia Romana vale para todos. Nos ofrece un buen abanico en quince puntos para desenmascarar las mentiras en las que todos podemos vivir. Presento los titulares y poco más. En Google se encuentra fácilmente el texto íntegro:

1. La enfermedad de sentirse “inmortal”, “inmune”, o incluso indispensable, descuidando los controles necesarios y habituales. Quien no se autocritica, no se actualiza, no trata de mejorarse, es un cuerpo enfermo.

2. Hay otra: la enfermedad del “martismo”, que viene de Marta, la excesiva laboriosidad: es decir, quienes se sumergen en el trabajo, descuidando inevitablemente “la mejor parte”: sentarse a los pies de Jesús (cf. Lucas 10, 38-42).

3. Se da también la enfermedad de la “fossilización” mental y espiritual: es decir, de quienes tienen un corazón de piedra y son “duros de cerviz” (Hechos de los Apóstoles 7, 51-60); de quienes, con el tiempo, pierden la serenidad interior, la vivacidad y la audacia, y se esconden bajo documentos de papel, convirtiéndose en en “máquinas de burocracia” y no en “hombres de Dios

4. La enfermedad de una planificación excesiva y del funcionalismo: Cuando el apóstol planifica todo minuciosamente y cree que con una perfecta planificación todo avanza se convierte en un contable o asesor fiscal.

5. La enfermedad de la mala coordinación: cuando los miembros pierden la comunión entre ellos mismos y el cuerpo pierde su funcionalidad armoniosa y su temperanza, convirtiéndose en una orquesta que hace ruido, pues sus miembros no colaboran, no viven el espíritu de comunión y de equipo. Cuando el pie le dice al brazo: “no te necesito”, o la mano a la cabeza: “aquí mando yo”, causando de este modo malestar y escándalo.

6. Se da también la enfermedad del Alzheimer espiritual: es decir, la del olvido de “la historia de la Salvación”, de la historia personal con el Señor, del “primer amor” (Apocalipsis 2, 4). Se trata de una pérdida progresiva de las facultades espirituales.

7. La enfermedad de la rivalidad y de la vanagloria: cuando la apariencia, el color del vestido y las insignias honoríficas se convierten en el objetivo primario de la vida, olvidando las palabras de San Pablo: “Nada hagáis por rivalidad, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés sino el de los demás” (Filipenses 2, 1-4). Es la enfermedad que nos lleva a ser hombres y mujeres falsos y a vivir en un falso “misticismo.

8. La enfermedad de la esquizofrenia existencial: es la enfermedad de quienes viven una doble vida, fruto de la hipocresía típica del mediocre y progresivo vacío espiritual que doctorados y títulos académicos pueden llenar.

9. La enfermedad de los chismes y de la murmuración: de esta enfermedad ya he hablado muchas veces, pero nunca suficientemente: es una enfermedad grave, que comienza

simplemente con una conversación y se adueña de la persona, haciendo que se convierta en “sembradora de cizaña” (como Satanás). Hermanos, ¡evitemos el terrorismo de los chismes!

10. La enfermedad de divinizar a los jefes: es la enfermedad de quienes cortejan a los superiores, esperando obtener su benevolencia. Son víctimas del afán de hacer carrera y del oportunismo, honran a las personas y no a Dios (cf. Mateo 23, 8-12).

11. La enfermedad de la indiferencia hacia los demás: cuando cada quien piensa sólo en sí mismo y pierde la sinceridad y el calor de las relaciones humanas. Cuando el más experto no pone su conocimiento al servicio de los colegas menos expertos. Cuando se recibe una información y se guarda en vez de compartirla con los demás. Cuando, por celos o por falsa astucia se regodea al ver cómo cae el otro, en vez de ayudarlo a levantarse y alentarle.

12. La enfermedad de la cara de funeral: es decir, de personas hurañas y ceñudas, que consideran que para ser serios es necesario llenar el rostro de melancolía, de severidad y tratar a los demás -sobre todo a los que consideran inferiores- con rigidez, dureza y arrogancia. (Cf. [Oración del buen humor de santo Tomás Moro](#)).

13. La enfermedad de la acumulación: Cuando el apóstol trata de llenar un vacío existencial en su corazón acumulando bienes materiales, no por necesidad, sino solo para sentirse al seguro. La acumulación sólo da peso y hace más lento el camino de manera inexorable.

14. La enfermedad de los círculos cerrados: Cuando la pertenencia al grupito se vuelve más fuerte de la pertenencia al Cuerpo y, en algunas situaciones, a Cristo mismo. Esta enfermedad también nace siempre de buenas intenciones, pero, con el paso del tiempo, esclaviza a los miembros convirtiéndose en un “cáncer”, que pone en peligro la armonía del Cuerpo y causa tanto mal —escándalos— especialmente entre nuestros hermanos más pequeños. La autodestrucción o “el fuego amigo” de los conmlitones es el peligro más subreptico. Es el mal que golpea desde dentro y, como dice Cristo, “todo reino dividido contra sí mismo queda asolado” (Lucas 11,17).

15. Y la última: La enfermedad del beneficio mundano, del exhibicionismo: cuando el apóstol transforma su servicio en poder, y su poder en mercancía para obtener provechos mundanos o más poderes. Es la enfermedad de las personas que tratan incansablemente de multiplicar poderes y por este objetivo son capaces de calumniar, de difamar y de desacreditar a los demás, incluso en periódicos y en revistas, obviamente para exhibirse y demostrar que son más capaces que los demás.

Conclusión:

Una vez he leído que “los sacerdotes son como los aviones, sólo hacen noticia cuando caen, pero hay muchos que vuelan. Muchos critican y pocos rezan por ellos”. Suena a verdadero, pues explica la importancia y la delicadeza de nuestro servicio sacerdotal y el mal que puede causar un solo sacerdote que “cae” a todo el cuerpo de la Iglesia. Pidamos a la Virgen María que cure las heridas del pecado que lleva cada uno de nosotros en su corazón, y que sostenga a la Iglesia y a la Curia para que sean sanas y sanadoras.